

# Propuesta de tradición discursiva de la narrativa de homosexualidad en México

## A Proposal for a Discursive Tradition of Homosexuality in the Mexican Narrative

**Ignacio Torres Valencia\***

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

 <https://orcid.org/0000-0002-5046-4052>

DOI: <https://doi.org/10.15648/cl.35.2022.3608>

---

1. Maestro en Historia del Arte (2019) por la Universidad de Morelia (UdeM). Actualmente cursa la Maestría en Estudios del Discurso (MED) de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Sus intereses se centran en el arte moderno mexicano y la literatura mexicana del siglo XX, revisados ambos temas desde las perspectivas de género y de diversidad sexual. Entre sus publicaciones más recientes están el libro de cuentos *La corporación de los deseos* (2020), ganador del Premio de Cuento Xavier Vargas Pardo, convocado por la Secretaría de Cultura de Michoacán; y el artículo “Éramos más”, sobre pintura de castas, publicado en el número 11 (julio-diciembre 2018) de *Tempo. Revista Histórica y de Ciencias Sociales*.



*Recibido:* 17 enero 2022 \* *Aprobado:* 10 junio 2022 \* *Publicado:* 24 enero 2023

### ¿Cómo citar este texto?

Torres Valencia, I. (enero-junio, 2022). Propuesta de tradición discursiva de la narrativa de homosexualidad en México. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (35), 95-118. Doi: <https://doi.org/10.15648/cl.35.2022.3608>

### Resumen

Con base en las tradiciones discursivas de Johannes Kabatek y mediante la lectura analítica de las novelas *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), de Paolo Po; *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce; *Los inestables* (1968), de Alberto X. Teruel y *Después de todo* (1969), de José Ceballos Maldonado, se propone la existencia de una tradición discursiva de novelas de homosexualidad en México, partiendo de una decena de aspectos que se repiten en la mayoría de los textos mencionados, lo que pone de manifiesto una relación entre la conservación y la renovación de la manera de narrar estas historias.

**Palabras clave:** tradiciones discursivas, novelas de homosexualidad, literatura mexicana, siglo XX

### Abstract

Based on Johannes Kabatek's discursive traditions and through the analytical reading of the novels *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), by Paolo Po; *El diario de José Toledo* (1964), by Miguel Barbachano Ponce; *Los inestables* (1968), by Alberto X. Teruel and *Después de todo* (1969), by José Ceballos Maldonado, this essay proposes the existence of a discursive tradition of homosexual novels in Mexico. This proposed existence of a homosexual discursive tradition, which is characterized by ten aspects repeated in most of the aforementioned books, speaks of a relationship between conservation and renewal in the way these kinds of stories are narrated.

**Keywords:** discursive traditions, Mexican literature, twentieth century, homosexual male novels

## Primeras consideraciones

Se conoce como novela gay mexicana al conjunto de publicaciones cuyo tema central es la homosexualidad, siendo *El vampiro de la colonia Roma* (1979), escrita por Luis Zapata, la que suele encabezar la lista. Pero la aparición de esa historia, con Adonis García, un prostituto homosexual como protagonista, no se dio de la nada, hay varios textos surgidos décadas atrás, que permitieron con su antelación al tocar el tema, la gestación del Adonis creado para esa novela.

Esas publicaciones narrativas, que se concentran en la década de 1960,<sup>1</sup> serán analizadas en el presente artículo por medio de la propuesta teórica de Johannes Kabatek (2005) acerca de las tradiciones discursivas que se desprende de la lingüística del texto de Eugenio Coseriu (1955), para quien el lenguaje y las lenguas deben entenderse desde tres perspectivas distintas –actividad, saber y producto– y en tres niveles particulares –universal, histórico e individual–. Coseriu, citado por Mauro Mendoza Posadas (2020), señala que “En el caso de los textos supraidiomáticos, entre los que se encuentran, por ejemplo, los géneros literarios, debería resultar evidente que existe una configuración tradicional enteramente independiente de la tradición del hablar según una técnica transmitida históricamente” (Mendoza Posadas, 2020, p. 623). Con lo anterior, Coseriu se refiere a que los textos –narrativos en este caso–, en tanto productos individuales del saber expresivo, tienen una historia particular que poco tiene que ver con la de la lengua que utilizan para su configuración, pues “El hablar es más amplio que la lengua: mientras que la lengua se halla toda contenida en el hablar, el hablar no se halla todo contenido en la lengua” (Coseriu, 1955, p. 32).

Esa historia de los textos narrativos –tomados como ejemplo de productos del habla registrada por escrito– conforma tradiciones discursivas que, entendidas en términos de Kabatek (2005), son la “repetición de un texto o de una forma textual o de una manera particular de escribir o de hablar que adquiere valor de signo propio” (p. 159). Teniendo esto en cuenta, el enfoque aquí será analizar la “manera particular de escribir” (p. 159) que se encuentra en las novelas *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*

1. Hay dos textos narrativos previos a esa década en los que se toca el tema de la homosexualidad; sin embargo, aunque el tratamiento es central, la homosexualidad es un tópico que se usa como pretexto para tratar otros temas que se consideraron más importantes en ese momento. En primer lugar está *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (1906), firmada con el seudónimo de Eduardo Castrejón, referencial para hablar sobre la primera vez que se narra en México la historia de personajes homosexuales, lo cual afianzó el uso del número 41 como código para referirse a la homosexualidad –vigente desde 1901 a raíz del llamado “Baile de los 41”–; y *Vereda del Norte* (1937), de José Escobar, novela de la Revolución donde la relación homoerótica entre los protagonistas apenas se sugiere.

(1963),<sup>2</sup> firmada con el seudónimo de Paolo Po;<sup>3</sup> *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce; *Los inestables* (1968), publicada bajo el seudónimo Alberto X. Teruel;<sup>4</sup> y *Después de todo* (1969), del autor michoacano José Ceballos Maldonado.

La elección de las novelas mencionadas se debe a dos factores que permiten plantear el inicio de una tradición discursiva: la temporalidad y el tema. Es necesario tomar en cuenta el año de publicación de cada una para determinar en qué momento se comenzó a hablar sobre la homosexualidad —o lo que hoy entendemos como tal—, a fin de conocer su devenir a partir del primer producto, pues “los textos son hechos individuales pero no absolutamente singulares, ya que presentan, además, una dimensión universal que incluye aquellos rasgos de la textualidad y una dimensión histórica que hace que compartan tradiciones y moldes expresivos” (Mendoza Posadas, 2020, p. 622). Para clarificar lo anterior es necesario retomar simultáneamente las tres perspectivas mencionadas por Coseriu (1955) en relación con los niveles del lenguaje. El nivel universal se refiere a la actividad de hablar en general mediante el saber dar uso a los signos lingüísticos. Constituye un hecho relacionado con la competencia lingüística que permite proponer a cualquier manifestación lingüística como producto. Por otra parte, el nivel histórico comprende la actividad de las lenguas como sistemas de significación diferenciados cuyo saber idiomático genera una competencia lingüística particular. Lo anterior da como producto una lengua específica en un momento dado. Mientras que, el nivel individual es la actividad de discurrir, de hacer uso de la lengua específica en el momento dado, mediante el saber expresivo particular que ofrece como producto a los textos —sean orales o escritos— que contienen discursos concretos. (Coseriu, 1955, pp. 29-54)

De acuerdo con Kabatek (2005), el uso que hacen los hablantes del sistema lingüístico, el cual se encuentra mediado por la competencia individual de estos, nunca está libre de la intención ni de la influencia del entorno en que se aprendió esa lengua, así como del medio en que se utiliza:

2. Aunque generalmente se señala *El diario de José Toledo* como la primera novela de la literatura mexicana en tener a la homosexualidad como tema principal, lo cierto es que *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* se publicó primero. Según el colofón, la novela de Paolo Po salió de imprenta en diciembre de 1963, mientras que la de Miguel Barbachano salió en julio de 1964, lo que marca un lapso considerable entre la circulación inicial de una y otra.

3. Paolo Po es el nombre de pluma de Manuel Aguilar de la Torre, periodista de origen michoacano que trabajó en el diario *Excélsior*, quien falleció en 2003. Para más datos biográficos de Aguilar de la Torre véase Teposteco, 2015.

4. Alberto X. Teruel es un seudónimo del médico homeópata y abogado Octavio Augusto Barona Chambón (1924-1988). Para más datos sobre su vida véase Teposteco, 2016.

Los tres niveles están presentes de manera simultánea cuando se habla y únicamente se pueden derivar a partir de actos concretos, ya que no se puede hablar universalmente sin hablar una lengua y sin producir textos, y no se puede hablar una lengua como sistema de signos sino mediante textos. (p. 152)

Así, el análisis que se plantea sobre los cuatro textos narrativos revisados en este trabajo se hará respecto a la manera en que sus tramas están constituidas. Para ello, se revisarán 12 aspectos<sup>5</sup> –dos extralingüísticos, pues no son parte de la historia, pero sí tienen que ver con el modo de presentarla y con la discusión que generaron; y diez que están presentes en la trama– relacionados con la temática homosexual. Cabe señalar que, si bien versar al respecto podría parecer suficiente para entrar en la tradición, limitar la clasificación y el análisis únicamente al tema sería reduccionista, además de que contribuiría a la poca difusión y estudio que, en general, han recibido estas historias, pues no se consideran poseedoras de una complejidad mayor.

Como se anticipa en el título, la mencionada tradición discursiva se nombra en este trabajo como “narrativa de homosexualidad”, en lugar de “novela gay” o “narrativa gay”. Esto se debe a dos razones, por un lado, el término “gay”, en sentido estricto, no sería del todo aplicable porque no se utilizaba cuando se publicaron las novelas señaladas; por el otro, hay dos casos en los que no se puede decir que los autores hayan sido homosexuales: Miguel Barbachano Ponce y José Ceballos Maldonado. El interés de ambos por el tema de la homosexualidad obedeció a cuestiones distintas a la de plasmar por escrito experiencias propias mediante el filtro literario, como sí habría sido el caso de Paolo Po y Alberto Teruel. Así pues, para evitar la posible asociación de “novela gay” con “narraciones escritas por homosexuales”, se utiliza el término “narrativa de homosexualidad”, con el propósito de dar espacio a autores –pasados, actuales y futuros– homosexuales y no homosexuales.

## La motivación

Es interesante plantear alguna hipótesis respecto a aquello que motivó a autores heterosexuales<sup>6</sup> a escribir las vidas de personajes homosexuales, teniendo en cuenta que algunos lo hicieron en primera persona, como en el caso de Ceballos (1969); o mediante un recurso tan íntimo como un

---

5. Los doce aspectos a considerar son: advertencia sobre el tipo de historia, firmada con seudónimo, primera persona, tono admonitorio, homosexualidad como maldición, condena social, privilegio, ambiente urbano, vivencia nocturna, lugares de encuentro, búsqueda de pareja y diferencia entre el homosexual y el afeminado.

6. Al menos hasta ahora no ha surgido evidencia contundente que permita plantear lo contrario.

diario, usado por Barbachano (1964). Para la época en que se publicaron las novelas de estos autores, el contexto social y literario no era receptivo hacia el tema.<sup>7</sup> Tal como señaló Gregory Woods en *Historia de la literatura gay* (1998), durante el siglo XIX proliferaron las listas canónicas de autores homosexuales. Esto provocó que se ignoraran las fronteras históricas y culturales de un texto al considerarlo “homosexual”, además de que se catalogaba a su autor de la misma manera:

Por largo tiempo, de hecho hasta muy recientemente, si bien a todos ellos se les podía llamar “homosexuales”, aunque no sin problemas, sí se les admitía en la “cultura homosexual” como héroes de su extendida pero monolítica tradición. Esta tendencia a ignorar las fronteras históricas y culturales aumentó como consecuencia de los discursos homófobos que asocian a los modernos homosexuales con los sodomitas del pasado. (Woods, 1998, p. 15)

Volviendo a Barbachano y a Ceballos, se podría decir que ambos contaban con el “privilegio de la heterosexualidad” para hacer frente tanto a estas clasificaciones como a las reacciones –adversas en su mayoría– generadas por sus protagonistas literarios una vez que sus textos fueron puestos en circulación. Los “discursos homófobos” mencionados por Woods se evidencian en una actitud más o menos generalizada frente a una novela que tuviera a un homosexual como personaje principal. Se asume que este tipo de historia solo podría interesarles a “ellos” –los homosexuales–, mientras que el público lector en extenso no tendría por qué mostrar interés. Por esto es importante reflexionar sobre la sexualidad de los escritores mencionados, puesto que plantearon preguntas que generaron discusiones esenciales en su momento, tales como ¿un autor heterosexual que escribe una novela de homosexualidad debe quedar fuera de la tradición narrativa por ese hecho?; ¿la tradición literaria de homosexualidad solo debe integrarse por la producción de autores homosexuales?; ¿las novelas de homosexualidad escritas por heterosexuales tienen menos valor para la tradición?; ¿qué tanto pesa la vivencia personal en este tipo de narraciones?

7. El México de 1960 no era muy distinto en su postura sobre la homosexualidad en comparación con el de las décadas anteriores. Como ejemplo se puede mencionar el tratamiento del tema en el producto de consumo masivo por excelencia en esa época: el cine. En 1938, en la cinta *La casa del ogro* aparece el personaje don Pedrito, de porte fino y femenino, como resabio de los dandis y fiftis, que es objeto de burlas en la vecindad en la que vive. En 1944, con *Me ha besado un hombre* se inauguró una suerte de subgénero filmico en el que se toca la posibilidad de la homosexualidad, pero por confusión; es decir, la protagonista debe hacerse pasar por hombre –ya sea para sobrevivir o librar algún problema– y el protagonista se enamora de ella, lo que, al creerla un hombre, le genera un conflicto que acaba casi siempre en golpes luego de un beso. Una vez aclarada la confusión, la heteronorma resulta ileso. Esa trama, con ligeros cambios, se repitió en *Yo quiero ser hombre* (1949), *Yo soy muy macho* (1953), *Pablo y Carolina* (1955), *Las coronelas* (1959) y *Me ha gustado un hombre* (1964), adaptaciones en las que se habla de la “rareza” del sujeto “afeminado” –en realidad una mujer– y se acude a un doctor o a un sacerdote para intentar resolver el problema.

De acuerdo con la antropóloga lingüista Elinor Ochs (2000), “la actividad narrativa [...] constituye un instrumento para instanciar identidades sociales y personales” (p. 297), además de ser un medio discursivo que sirve para explorar e intentar resolver situaciones problemáticas en colectividad –problemas que están determinados por el sistema cultural predominante que dicta creencias, valores, ideologías, modos de acción y emociones–. En este caso se tiene un tiempo y un espacio determinados, que es la década de 1960 en la Ciudad de México.<sup>8</sup> Quizás para Barbachano y Ceballos la motivación primordial no fue presentar la identidad personal y social del hombre homosexual de la época, sino problematizar sobre esas identidades y existencias para explorarlas y tratar de resolverlas con apego –en grado variable– al sistema cultural predominante. Sumado a esto, en ambos casos no solo se tenía la orientación sexual como punto de separación, sino también la génesis misma de los personajes. Según Ceballos, *Después de todo* (1969) se escribió a partir del testimonio de Agustín Gallegos, quien fue su profesor (Medina Carranza, 2012, p. 40). Mientras que Barbachano (1964) señala en la última página de su libro la coartada de su génesis: el diario existió.

En una carta al licenciado Gustavo Corona, Ceballos –citado por Medina Carranza (2012)– expresa: “Pienso que *Después de todo* es un documento que revela un mundo desconocido para muchos y que visto desde cierta perspectiva puede resultar hasta moralizante” (Medina Carranza, 2012, p. 97). A partir de lo anterior se puede reafirmar que, aunado al interés que podía tener como médico<sup>9</sup>, el autor buscaba problematizar la situación y el tipo de vida representado por Javier Lavalle, el personaje central de su novela. En su respuesta, Corona señala:

Estoy de acuerdo con usted en que, antes bien, es hasta cierto punto moralizante, aleccionadora. Lo es en cuanto que la conducta del protagonista no se ve a fin de cuentas recompensada por el éxito; los resultados de su conducta no son propiamente favorables. De manera que quien encuentre ese camino digno de seguirse ya sabe a qué atenerse. (Medina Carranza, 2012, p. 101)

Siguiendo a Ochs (2000), “los textos escritos pueden formar parte de una interacción comunicativa en progreso” (p. 276); es decir, la historia de

8. Esta deixis resulta válida para las cuatro novelas mencionadas: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *El diario de José Toledo*, *Los inestables* y *Después de todo*.

9. José Ceballos Maldonado, además de ser escritor, ejerció la carrera de medicina y fue dueño de un hotel campestre en las afueras de Uruapan, Michoacán.

estos —como productos— se genera, se comenta y se registra a partir de lo que la crítica y el público tengan por decir. De este modo, dicha historia se da en un proceso en coautoría; o sea, la existencia y la reputación de la narrativa de homosexualidad está marcada por todas las voces de los múltiples diálogos históricos y sociales generados por su publicación, consumo y recepción crítica, todo esto marcado también por los sistemas culturales, de conocimiento, creencias, valores, ideologías, modos de acción y cualquier otra dimensión de orden social que pueda verse involucrada.

Es preciso resaltar que las primeras cuatro novelas de la tradición propuesta tienen en común el hecho de ser escasamente conocidas en términos generales, omisión que se debe, en buena parte, al momento sociohistórico en que fueron publicadas, consumidas y comentadas. En ese contexto todo reto a la norma heterosexual era visto como una amenaza, la cual se consideraba mayor si el autor era homosexual. Es probable que, por esta causa, Po (1963) y Teruel (1968) hayan empleado seudónimos con los que buscaron evitar repercusiones en su imagen pública.<sup>10</sup>

### *Elementos extralingüísticos*

Las particularidades distinguidas en las que aquí se consideran las primeras cuatro novelas de la tradición discursiva de la narrativa de homosexualidad en México no son impedimento para identificar elementos repetidos, lo que es una condición base para poder plantear la existencia de una tradición discursiva que, con el paso del tiempo, se encontrará en una relación constante entre tradición —conservación— y actualización —renovación y ampliación por adición—. De hecho, la aparición de la novela de homosexualidad podría tomarse en sí misma como un momento de actualización de la tradición discursiva nacional.<sup>11</sup>

Antes de continuar se debe aclarar que, siguiendo la propuesta de tradición discursiva de Kabatek (2005), todo lo extralingüístico debe quedar fuera de la tradición propiamente dicha. Sin embargo, es importante señalar dos

10. Los dos escritores eran homosexuales, al igual que los personajes centrales de sus novelas (Teposteco, 2015; 2016).

11. No se debe olvidar que la primera mención de la homosexualidad de dos personajes masculinos y su relación sexoafectiva se dio en 1906 con la publicación de *Los cuarenta y uno: novela crítico social*, que hacía eco del escandaloso Baile de los 41, que tuvo lugar en noviembre de 1901. Esa publicación, se puede decir, buscó instanciar una problemática identidad “recién descubierta”: la del hombre homosexual. Sin embargo, también es necesario recordar que el pecado de sodomía —que se puede relacionar en cierto modo y hasta cierto punto con lo que ahora se conoce como homosexualidad—, ya existía en el imaginario colectivo. Uno de los casos más conocidos data del siglo XVII, y tuvo como protagonista a Cotita de la Encarnación, un mulato que era el centro de una red de contactos entre hombres que hoy podríamos calificar como homosexuales. El proceso, llevado por la Santa Inquisición, fue retomado siglos después por dos poetas: Salvador Novo en su libro de ensayos *Las locas, el sexo y los burdeles* (1972); y Luis Felipe Fabre con la publicación de *La sodomía en la Nueva España* (2010). Por supuesto, una revisión actual permite tener el panorama general; es muy posible que, en 1906, con la publicación de *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*, el nombre de Cotita de la Encarnación estuviera en el olvido desde hacía mucho.

elementos encontrados en varias de las novelas estudiadas: la advertencia sobre el tipo de historia y la firma con seudónimo, teniendo en cuenta que, tal como indicó Ochs (2000), “las narraciones se organizan en virtud de los contextos en los que son construidas” (p. 276). Con base en ello se puede decir que el uso de un seudónimo y la advertencia –ya sea en la sinopsis o en una nota de los editores– sobre el tipo de historia que se trata son indicadores importantes de ese contexto y, en consecuencia, de los autores que tienen el derecho de narrar, así como de las tramas consideradas como necesarias de justificar para “tolerarlas” en impreso.<sup>12</sup>

Mientras que en *El diario de José Toledo* no se usan los elementos extralingüísticos señalados, quizá por el “privilegio heterosexual” ya mencionado, y por tratarse de una autoedición al cuidado del mismo autor, la situación de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* es distinta, dado que su edición –a cargo de Editorial Costa-Amic– es profusa en cuanto a advertencias, justificaciones y motivaciones. En la portada de la obra de Po se lee: “Novela que descubre el intenso drama de la vida de los homosexuales en México”. Por su parte, en la solapa se indica: “Sabemos que la publicación de este libro nos acarreará muchas críticas y no pocos sinsabores, pero creemos deber nuestro dar a conocer este documento social y literario de una intensidad humana tan extraordinaria y estrujante”. Finalmente, en la nota editorial, además de hacer hincapié en la valía del joven escritor Paolo Po, se advierte: “El caso de ‘El muchacho que soñaba en fantasmas’,<sup>13</sup> no es autobiográfico, como muchos podrían suponer.<sup>14</sup> Es el caso de dos jóvenes a quienes Paolo Po conoció accidentalmente” (Po, 1963, p. 7). La nota finaliza así: “‘El muchacho que soñaba en fantasmas’ no es un libro obsceno, ni escandaloso. Es un libro que con gran valentía aborda un problema existente”. (p. 9)

Igualmente, la novela *Los inestables*, publicada en 1968 por la misma editorial, está firmada con seudónimo y es profusa en justificaciones. Por ejemplo, en la solapa se puede leer: “Creemos que se trata de un libro que ha de despertar gran controversia [...] Pocas veces se había tratado el problema de los *seres en la sombra*<sup>15</sup> con la crudeza y el realismo presentes en esta novela”. Mientras que en el prólogo, que se encuentra firmado con las iniciales L. M., se señala:

12. Los dos autores heterosexuales publicaron con su nombre de pila, mientras que los escritores homosexuales debieron hacerlo bajo seudónimo.

13. “El muchacho que soñaba en fantasmas” constituye un largo mote que recibe el protagonista de quien nunca se conoce el nombre de pila.

14. Con estas pocas palabras se reafirma la problemática que podía resultar una orientación sexual no heterodoxa del autor, ya fuera esta real o percibida, por lo que era necesario aclararlo y negar cualquier “desviación”.

15. En cursivas en el original. La frase se refiere a los hombres homosexuales.

Ya el amor homosexual dista de ser el tópico pudorosamente repudiado por una ética rígidamente victoriana, ha dejado de ser un tema exclusivo de las historias clínicas de los psicoanalistas que lo narran con la consabida clave que impone el secreto profesional [...] y se ha ubicado con singular pujanza en la literatura comparada contemporánea y cada vez se arroja mayor luz a propósito de las hipótesis fisiológicas y de motivación psíquica que lo determinan como un factor real. (Teruel, 1968, s.p.)

Finalmente, la novela *Después de todo*, firmada con el nombre de pila del autor, fue publicada por la editorial Diógenes en 1969, ya sin nota de los editores, pero sí con una especie de sinopsis-mensaje en la portada: “Novela narrada en primera persona [...] cuenta la historia de un homosexual o, más bien, del mundo en que gozan y padecen esos seres agónicos y frágiles que forman una de las minorías más inasequibles y combatidas, los homosexuales”. (Ceballos, 1969)

Como explicó Woods (1998), para la década de 1960 la homosexualidad empezó a percibirse como un tema vendible, en el cual se interesaron empresas como Fortune Press, Swan, Ace y Paper Back Library (p. 19). Esta situación parece haberse reflejado también en el contexto mexicano —en las editoriales Costa-Amic y Diógenes—; aunque, debe señalarse, en una década se publicaron apenas cuatro novelas de homosexualidad y *El diario de José Toledo* (1964), como ya se dijo, fue autopublicada.

### *Elementos de la narración*

La propuesta de tradiciones discursivas se ha aplicado particularmente a corpus antiguos de ámbitos particulares —como el jurídico español de los siglos XII y XIII, en el caso del propio Kabatek (2005, p. 169); o el análisis de los testamentos escritos en náhuatl realizado por Mendoza Posadas (2020)—, con especial atención en el uso reiterado de verbos, fórmulas y otros conectores como elementos deícticos, conjunciones y preposiciones. No obstante, y aunque se podría hacer un análisis posterior sobre la utilización de conjunciones adversativas en las novelas estudiadas aquí, o de palabras como “loca”, “maricón”, “hermana” y “homosexual”, esta propuesta de tradición discursiva de la narrativa de homosexualidad en México se apega al análisis multidimensional indicado por Kabatek (2005): “Lo que permite la identificación de una tradición discursiva es una particular combinación de elementos” (p. 165). A continuación, se analizan los identificados en las novelas señaladas.

## Narración en primera persona

Es probable que el elemento más característico de la narrativa de homosexualidad en México sea el uso de la primera persona. *El vampiro de la colonia Roma* (1979), como la referencia más conocida, ha ligado el testimonio personal —pasado por la subjetividad del autor y mediado por las posibilidades que provee la narrativa— a las novelas con protagonistas homosexuales. No me refiero aquí a la novela testimonial como subgénero, sino a la referencia a un testimonio, ya sea real o ficticio, para crear una voz narrativa que habla en primera persona y, con ello, da consistencia y verosimilitud al mundo diegético planteado al lector. Con respecto a *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *El diario de José Toledo* y *Después de todo* son novelas creadas a partir de un testimonio individual, por lo que se sostienen en una narración en primera persona; aunque es necesario aclarar que en *El diario de José Toledo* hay una combinación de esta con la presencia de un narrador omnisciente. José Toledo escribe un diario íntimo en el que evidentemente usa la primera persona, pero esa es solo una parte de la historia, el complemento lo da otra voz en tercera persona, la cual cuenta todo lo que se escaparía en la redacción individual del protagonista. Por ejemplo, la novela inicia con una larga entrada en el diario:

### *Martes*

Hoy me hablaste temprano como siempre, Wenceslao, y tuve el alivio de comunicarte la mejoría de mi mamá, no está del todo bien como quisiéramos pero sí un poco más tranquila, gracias a Dios; por otra parte, me hiciste enojar con tus preguntas diarias: que si no había ido a buscarme el cuate del coche verde. (Barbachano, 1964, p. 9)

Luego de lo anterior, el narrador omnisciente cuenta parte del día de Wenceslao, el novio de José: “‘A Garibaldi’ —dijo Wenceslao al chofer. Sobre el capacet del automóvil la Osa giraba lentamente, inclinando hacia la izquierda sus lejanos ojos azulencos” (Barbachano, 1964, p. 10). Mediante estas intervenciones, la voz complementaria permite saber no solo qué hacen, sino también qué piensan personajes como Wenceslao, los padres y la hermana de José, sus compañeros de trabajo, entre otros. Sin embargo, pese a la presencia de esa segunda voz, la principal es la de José, pues su diario íntimo es el detonante para la construcción de la novela.

En el caso de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, Po emplea una voz que oscila entre la del narrador y la primera persona, es decir, la del propio

“Muchacho”. La novela inicia así: “Te contaré una historia. Escucha: [...] era un muchacho como tú o como yo, como muchos que caminan por las aceras de las calles de las ciudades llenas de polvo” (1963, p. 17). Unas páginas más adelante, la voz del narrador se convierte en la de “El Muchacho”:

¡Qué crueles los de los ojos limpios que no saben perdonar al que estaba manchado y podrido y que se ha lavado con la penicilina del llanto! (Había un hombre limpio, una vez, que perdonó a las prostitutas y que tocó con sus manos amorosas a los leprosos.) Y yo no era un leproso todavía y no llegaba a ser prostituta y no me has perdonado. (Po 1963, p. 26)

Pese a esta oscilación constante, es nuevamente la voz propia de “El Muchacho” –contando su historia, su testimonio sobre el ser homosexual– la que toma prevalencia, por ser la que da al lector los detalles tanto poéticos como melodramáticos de una historia de amor que termina malograda.

Por otro lado, en *Después de todo* la narración en primera persona es incuestionable y está presente de principio a fin. Desde el primer momento se enuncia desde el “yo”: “Se multiplican las llamadas en la ventana de mi pieza. Me levanto para abrir la puerta de la calle y mientras doy la vuelta por el patio y el pasillo pienso que es fulano” (Ceballos, 1969, p. 9). Finalmente, en *Los inestables*, pese a ser una novela que da testimonio personal sobre una manera de ver y vivir la homosexualidad, la narración es en tercera persona. Se debe hacer notar además que el libro está firmado con el mismo nombre del protagonista –un seudónimo–, lo que puede sugerir que se trata de una narración desde el yo. La hipótesis es que el autor decidió usar la tercera persona para acercarse a una fórmula usada y probada en la narrativa, a fin de darle mayor seriedad a un trabajo “de juventud”, como es calificado el libro en el prólogo.

### **Tono admonitorio**

Ya sea desde una voz externa que busca señalar la situación como un problema a erradicar o por homofobia internalizada,<sup>16</sup> la advertencia clara y directa sobre lo despreciable que es la homosexualidad aparece en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), *El diario de José Toledo* (1964) y *Los inestables* (1968). Esto, como ya se dijo, obedece al contexto; el tono

16. La homofobia internalizada o endohomofobia es la replicación, por parte del sujeto homosexual, de las violencias y actitudes negativas hacia la homosexualidad que percibe tanto de su entorno inmediato como del contexto social general. La crítica constante y la indicación de ser “desviados” o menos valiosos es, en términos psicológicos, internalizada desde las primeras etapas de socialización y posteriormente replicada en ellos mismos. Para profundizar en el tema véase Monroy Cuellar, 2017.

es consecuencia de lo que el entorno esperaba. Los protagonistas hablan de ser homosexual como algo a lo que se deben resignar, pero señalando siempre el inminente castigo por la falta cometida, ya sea que se vea a la homosexualidad como pecado, como reto contra “lo natural”, como falta de hombría o como motivo de deshonra. Por ejemplo, Paolo Po lo aborda así:

Hablé con Dios. Comprendí que era malo lo que hacía. Tú me lo hiciste comprender [...] me mordí un huevo y no hice nada. Me aguanté. Y, ahora sé... sí, lo sé que con fuerza de voluntad [...] seré como los demás. (Po, 1963, p. 46)

José Toledo se recrimina por haber sido tan cándido en su carta pues, caída esta en manos equivocadas, podría afectarlo a él y a Wenceslao:

Dilaté casi tres horas en redactar la carta. Tardé tanto porque es difícil expresar los sentimientos que guardo en mi corazón; le he pedido a la Virgen que la recibas personalmente, pues en ella te digo tantas cosas referentes a nuestra vida íntima y a nuestro cariño que si la lee tu tía la amolamos [...] ¿Te imaginas si tu familia, tus papás que son los que más me apuran, llegaran a enterarse de nuestras relaciones, cómo quedaría nuestro honor? (Barbachano, 1964, p. 33)

Alberto Teruel, terrible juez de sí mismo y de los que son homosexuales como él, ve en su entorno la peor de las existencias:

¡Eran las mismas caras de siempre en los bares! ¡Las máscaras rutinarias de todos esos seres “grises” de los sábados en la noche, con su misma expresión estereotipada, fija en sus rostros; con el mismo deseo, candente y furtivo latiendo subterráneamente! Todos ellos, como él, seres que buscan [...] sin llegar a entender hasta muy tarde, la futilidad del intento. (Teruel, 1968, p. 12)

En los tres casos hay constantes referencias a lo reprochable de una vida así, y el final de sus protagonistas es la muerte o la desesperanza: José Toledo se suicida; “El Muchacho” intenta suicidarse, pero falla y decide mudarse a Nueva York para llevar una vida de excesos; y Alberto Teruel decide irse de la Ciudad de México, con la pretensión de dejar atrás su vida de pecado y disipación. Así pues, el discurso es el mismo: al final de este camino se encuentran la soledad y la perdición.

## La homosexualidad vista como castigo o maldición

En concordancia con lo anterior, este aspecto refuerza lo punible de la homosexualidad incluso por parte de quienes la viven, a causa de la homofobia internalizada de un contexto social en el que todo aquello que diverge de la heterosexualidad normativa es visto como amenaza. El sociólogo Ernesto Meccia (2006) señala que la homosexualidad ha sido percibida, y aún se percibe, como perversión, desorden moral e inversión sexual, lo que lleva a una aperccepción negativa general por parte de los mismos sujetos homosexuales (p. 30).<sup>17</sup> Por eso, no es extraño encontrar que los narradores o algunos personajes de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *El diario de José Toledo*, *Los inestables* y *Después de todo* realicen descripciones negativas sobre la vivencia homosexual o el conocimiento de ello por parte de los demás.

El reclamo a la divinidad que marca la narración de Paolo Po se evidencia aún más en este punto, pues lo realiza a modo de una creación malograda que no entiende el rechazo por ser como fue concebida:

¡Dios! [...] ¿Por qué me has dado este amor? ¿Por qué me has dado este cuerpo diferente y esta alma diferente? [...] Dios, si soy criatura tuya, ¿no es menester que te pregunte por qué me hiciste así, y porque creo que Tú puedes venir en mi ayuda, que estés Tú en función de mi ser para auxiliarlo a ser mejor? (Po, 1963, p. 58)

En cambio, José Toledo concurre con lo que le dicta el entorno y la misma religión a la que recurre. Su cariño por Wenceslao lo ha convertido en un proscrito, en un anormal:

Ruego a Dios y a la Virgen que te traigan con bien a mi lado [...] lo pido aunque estoy maldito por el cariño que siento por ti, pero no lo puedo remediar, quizá a la hora de mi muerte pague la culpa de tener un amor que no corresponde a una persona normal. (Barbachano, 1964, p. 86)

Alberto Teruel es quizá el más alineado con los dictados del entorno y, aunque no se plantea dejar la vivencia de la homosexualidad, recalca siempre lo azaroso de la situación y lo onerosa que le resulta:

17. El mismo Meccia (2006) define la aperccepción como la percepción de algo, reconociéndolo o interpretándolo sobre la base de lo ya conocido; es decir, el sujeto no se relaciona directamente con el objeto, sino que tiene de este una idea basada en las inferencias que puede hacer por lo aprendido en su socialización, sin ocuparse de comprobar si lo que cree es verdad o no.

El ser homosexual repugnaba a su persona, ya que nunca quiso ni deseó serlo, pero [...] comprendió que no le quedaba otra alternativa para poder vivir en paz consigo mismo y sus instintos que aceptar lo inevitable y hacer lo mejor que se pudiera dadas las circunstancias. (Teruel, 1968, p. 93)

En todos los casos, aunque con algunas diferencias, la homosexualidad es vista como una condición a la que no se puede renunciar y sobre la que pesa una condena personal que es reflejo de la que hace su contexto. Javier Lavalle, protagonista de *Después de todo* (1969), es el que menos tiene por decir al respecto, aunque sí hay una oposición entre la confirmación de su homosexualidad y el prestigio que debe cuidar por ser profesor universitario: “Antes [...] sabía contenerme y cuidar celosamente mi extraordinario prestigio de maestro. Pero la magia de Leonardo se impuso sobre todo y no conservé ni pizca de consideración por la ensalzada docencia”. (Ceballos, 1969, p. 176)

### Condena social

Si bien en *Después de todo* (1969) la apercepción sobre la homosexualidad comienza a separarse de lo narrado en las historias registradas en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), *El diario de José Toledo* (1964) y *Los inestables* (1968), comparte con estas la presencia de la condena social, ya sea sobre el protagonista o sobre la vivencia de la homosexualidad en abstracto, por relacionarla con la perversión y el desorden moral.

En *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, el narrador busca revertir la condena, pero al hacerlo da la razón a la idea de que ser homosexual es lo peor: “Una maldición tuya caería sobre tu vientre y más tarde descubrirás el dolor de engendrar en tu hijo la maldición que has echado sobre mí. ¿No presientes que te puede nacer un hijo que sea como yo?” (Po, 1963, p. 40). En el caso de José Toledo, son los miembros de su familia, además de sus compañeros de trabajo, quienes ejercen la condena. Luego de intentar negarlo para sí misma, la madre de José termina por decirlo: su hijo “es un anormal” (Barbachano, 1964, p. 25). Mientras, Leonardo y Soraya, quienes trabajan en la misma oficina, dejan saber su opinión –por boca del narrador omnisciente– sobre José: “A Leonardo le repugnabas”; “Soraya por el contrario, te profesaba lástima” (p. 38). Por otra parte, en *Los inestables*, uno de los primeros señalamientos proviene de una generación anterior que ve en la homosexualidad un signo de corrupción juvenil:

—¡Lástima de chamaco! —asentó ella—, tan guapito y pensar que no es más que uno de “esos”...

—Es una verdadera vergüenza —añadió él disgustado—. El descaro a que llegan estos “maricones” hoy en día [...] La juventud de ahora está totalmente corrompida, no tiene remedio... (Teruel, 1968, p. 26)

Para Javier Lavalle, protagonista de *Después de todo*, la condena no solo es social sino también institucional. Siendo profesor de la Universidad de Guanajuato, Lavalle debe dejar sus clases una vez que se confirma el secreto a voces de su homosexualidad:

Horas más tarde hablé por teléfono con el rector para preguntarle si podía retirar mis cosas del laboratorio. Podía, desde luego, cómo no, pero con mucha reserva [...]. Para que nadie se diera cuenta de que mi réproba humanidad ponía nuevamente los pies en el antiguo y sacro colegio, convenimos en que recogería todo a las diez de la noche. (Ceballos, 1969, pp. 224-225)

Este castigo social —revisado en el aspecto anterior— que se encadena con la autopercepción de sujeto maldito tiene que ver con la manera en que funciona el sistema y el modo en que este se instala en los individuos a raíz de su socialización en el grupo al que pertenecen. En estas novelas iniciales de la narrativa de homosexualidad en México es evidente lo que señala Eve Kosofsky (1998):

Identificarse como [gay] siempre debe incluir múltiples procesos de identificación con [otros gays]. También implica identificación en contra de [los gays]; pero incluso si no lo hiciera, las relaciones implícitas en la identificación *con* están por sí mismas, como señala el psicoanálisis, suficientemente llenas de emociones de incorporación, disminución, inflación, amenaza, pérdida, reparación y negación. (p. 81)<sup>18</sup>

---

18. Las cursivas son mías.

## Protagonistas con un grado de privilegio

En las novelas analizadas, los protagonistas tienen ciertos rasgos o elementos ya sean circunstanciales o personales que los hacen resaltar de otros personajes, incluidos aquellos con quienes buscan tener un romance. En el caso de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), el personaje central tiene posibilidades económicas suficientes como para visitar el continente europeo y las principales ciudades de Estados Unidos. En *El diario de José Toledo* (1964), el personaje estelar es un funcionario federal, lo que le da una estabilidad económica mayor en comparación con Wenceslao. Por su parte, Alberto Teruel, protagonista de *Los inestables* (1968), es descrito como uno de los hombres más guapos de México, además de millonario; mientras que Javier Lavalle tiene el privilegio de contar con una formación académica y –al menos durante algún tiempo– el prestigio de ejercer la docencia en una ciudad pequeña como Guanajuato.

Lo anterior puede responder a lo que señaló Kosofsky (1998) acerca de las relaciones que los sujetos homosexuales buscan establecer una vez que su orientación sexual es conocida públicamente: “Con dificultad y siempre tardíamente, tienen que construir a base de retazos una comunidad, una herencia utilizable y una política de supervivencia o resistencia” (p. 108). La belleza física, el éxito económico y laboral son categorías que funcionan como marcadores de estatus y, en las historias literarias que interesan aquí, se convierten en signos de pertenencia a esa comunidad fabricada. Los elementos mencionados funcionan al mismo tiempo como armas para la supervivencia o resistencia ante el sistema heterosexual, y como signos de separación de quienes no los tienen en la comunidad homosexual.

## Ambiente urbano

León Gutiérrez (2009) resalta la manera en que los espacios urbanos, debido al anonimato que poco a poco les confirieron a sus habitantes, se convirtieron en lugares propicios para las disidencias sexuales y, por consiguiente, en polos de atracción para quienes habían nacido o radicaban en pueblos o ciudades más pequeñas:

El homosexual nacido en la provincia no tenía otra alternativa que huir a la gran urbe, de suerte que la Ciudad de México es también otra ciudad para el homosexual [...] Los homosexuales han vivido en un submundo, en una ciudad alterna, bajo las sombras de la noche propiciatoria. (Gutiérrez, 2009, p. 282)

En todas las novelas analizadas en este trabajo, la Ciudad de México es el espacio ideal para la vivencia de la homosexualidad, y, a la vez, un lugar que corrompe a algunos personajes. En *El diario de José Toledo* (1964), Wenceslao, el novio de José, se plantea: “Liquidaré mi pasado, pondré punto final a mis relaciones con José y viviré en cualquier parte con Graciela” (Barbachano, p. 59). “El Muchacho” descrito en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963) habla profusamente de las ciudades que ha visitado y, al mismo tiempo, idealiza los lugares de provincia como “limpios”: “En la ciudad, los niños aprenden desde pequeños a gozar. Sus amigos mayores [...] o algún señor que se encuentren en la calle y que les ofrece un billete de 5 pesos, los seducen. En la provincia es diferente” (Po, 1963, p. 50). En el caso de Alberto Teruel, de *Los inestables* (1968), decide “huir de México” (p. 16) porque ya no se siente parte de los “suyos”:

Así ante esa carencia de valores y asco final que surgió en él a través del comportamiento de esos seres que rodeaban su existir, hicieron emerger en él el deseo imperioso de huir [...] y desaparecer para siempre de ese pozo de podredumbre y amargura. (p. 362)

Finalmente, en *Después de todo* (1969) la capital del país se torna en el único lugar en el que un profesor caído en desgracia por ser homosexual podría continuar con su existencia en el anonimato: “—No me gusta México, [Javier] se pierde uno entre los demás y eso no está bien. —Pero si no hay cosa mejor, Leo, pasar desapercibido”. (Ceballos, 1969, p. 240)

Teniendo en cuenta todo lo anterior, se puede decir que el espacio urbano, con la Ciudad de México como gran ejemplo en todo el territorio nacional, fue el único ámbito propicio en la década de 1960 para una vivencia un poco más libre de la homosexualidad, aunque no exenta de violencias. De acuerdo con Carlos Monsiváis (2010), desde la tercera década del siglo XX, la capital del país es el lugar al que miran todos los “hombres diferentes”: “En la capital aún revolucionaria los heterodoxos sexuales pagan su cuota de marginalización de agresiones, chistes, chismes, chacotas. Pero la maledicencia que no aniquila se canjea por algo ya soportable”. (p. 59)

### **Vivencia nocturna de la homosexualidad**

Así como el anterior, este aspecto se repite en todas las novelas incluidas en esta propuesta de tradición discursiva. En *El diario de José Toledo* (1964), José y Wenceslao se encuentran una vez que el primero salió de trabajar, por

lo que sus citas se extienden hasta la noche, lo que les permite aprovechar los espacios oscuros: “estuve parado frente al edificio un buen rato, vi llegar a tu papá, serían las nueve y media cuando entré al lugar donde tantas veces nos besamos” (Barbachano, 1964, p. 52). En el caso de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, “El Muchacho” describe fiestas en cuartos de azotea alumbradas con luces rojizas (Po, 1963, p. 103); igualmente, Alberto Teruel acude tanto a fiestas privadas como a bares de moda en los que se encuentra hasta la madrugada. Por su parte, Javier Lavallo comparte que hay ocasiones en las que sale a caminar de noche: “cuando bebo solo en mi pieza es frecuente que salga a caminar a la buena ventura para que me dé el aire y ver si encuentro algo”. (Ceballos, 1969, p. 22)

Tal como se observa en las citas anteriores, es solo al cobijo nocturno que los protagonistas pueden salir para vivir la otra parte de su vida, y, aunque no están libres de experimentar violencia, deciden hacerlo como un reto al sistema que los condena a dirimir su existencia sexoafectiva en espacios particulares y horarios establecidos.

### **Lugares específicos para los de la misma clase (bares, cines y cabarets)**

Un rasgo complementario de lo urbano y lo nocturno es el de los establecimientos en los que, como se sabía popularmente, eran permisivos con los homosexuales. En *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, el protagonista menciona como lugares propicios al Café Beatniks (Po, 1963, p. 54), la avenida de los Insurgentes (p. 58)<sup>19</sup>, el Cine Roxy (p. 63), los cines Gloria, Las Américas, Coloso, Goya, Popotla, Savoy, Roble e Iris<sup>20</sup> (p. 67) y la cafetería Coahuila (p. 142). En *El diario de José Toledo* acuden al Cabaret Raúl (Barbachano, 1964, p. 16), al Cine Olimpia (p. 18) y la calle de Niza (p. 47)<sup>21</sup>. En *Los Inestables*, Alberto Teruel hace mención de los bares Leda, Los Eloines y Madreselvas como “de ambiente” (Teruel, 1968, p. 79), además del Cabaret Los Ángeles (p. 125) y el bar Eco (p. 293). En el caso de Javier Lavallo, es poco lo que describe de su vida nocturna en la Ciudad de México, debido a que su dinámica de “ligue” es otra, pero se refiere los restaurantes Focolare y Hórreo (Ceballos, 1969, p. 48); y la única mención que hace de un cine, el Reforma (p. 128), es cuando está aún en Guanajuato.

19. Aunque no es un establecimiento como tal, sí sería un punto propicio para el *cruising*.

20. El narrador indica que los cines eran los lugares de ligue preferidos por los “hijos de familia”. (Po, 1963, p. 68)

21. También un espacio propicio para el *cruising*.

Esta lista de lugares pone en evidencia que únicamente en ellos es donde los sujetos homosexuales que aparecen en las cuatro novelas analizadas pueden evadir –hasta cierto grado– la vigilancia y la violencia de lo institucional, lo religioso, lo médico, lo militar y lo estatal.

### **Búsqueda de pareja estable**

Los protagonistas de *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1963), *El diario de José Toledo* (1964) y *Los inestables* (1968) comparten la idea de que si tienen una relación de pareja estable serán aceptados socialmente, por lo que se aferran a ese propósito. José tiene una relación obsesiva con Wenceslao, a quien se refiere como “mi marido” (Barbachano, 1964, p. 52) y al que planea estar unido para toda la vida. “El Muchacho” también está en la búsqueda de la estabilidad mediante un noviazgo en exclusiva con Fernando: “¿Casarme? Sí, pero con un muchacho como tú, Fernando. ¡No! No con un muchacho como tú. Contigo”. (Po, 1963, p. 60)

Por otra parte, Alberto Teruel narra una serie de relaciones que siguen el mismo patrón: deslumbramiento por un nuevo hombre en su vida, cortejo y desilusión; la primera de estas con Aldo, descrita al inicio como “Distinta a todas esas uniones falsas acostumbradas entre los seres de las sombras, cuyas normas se regían por la frivolidad, la promiscuidad y el engaño” (Teruel, 1968, p. 68). En la narración de Teruel es más evidente este deseo de seguir el modelo heterosexual de pareja como puerta de acceso a la valoración social: “Si podemos hacerles ver y enseñarles de que también somos capaces de ser leales y podemos conservar limpios nuestros vínculos de cariño, dentro de una relación estable, como ellos los suyos, quizá lograremos demostrarles que somos dignos de respeto”. (p. 327)

El momento social e histórico en el que se insertan estas narraciones se denomina “pregay”, es decir, previo al momento en el que, por convención occidentalizada, inició el movimiento reivindicativo por los derechos de las disidencias sexuales luego de los disturbios que se presentaron en el Stonewall de Nueva York, Estados Unidos, en junio de 1969. Lo anterior sugeriría que la posibilidad de una unión reconocida por las instituciones era impensable; sin embargo, en la práctica se buscaba vivir bajo el régimen conocido: un matrimonio, o algo que se le asemejara, debido a las asociaciones positivas de ese modelo de relación con la estabilidad, la pervivencia, la permanencia y los fines de trascendencia genealógica, algo totalmente negado hasta ese momento.

## Diferencia entre los homosexuales “decentes” y los “afeminados” o “putos”

Un rasgo repetido en *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, *Los inestables* y *Después de todo* es la necesidad de separarse del resto de la “cofradía”. Para el caso de la primera novela, “El Muchacho” dice sobre los homosexuales femeninos: “Un otro que se pule las uñas de las manos. Manos invisibles, manos afeminadas, manos que no son manos, mariposas que se posan sobre todas las cosas” (Po, 1963, p. 32). Por su parte, Alberto Teruel dice: “Antonio [...] hacía una serie de ademanes ostensiblemente femeninos con dos ‘loquitas’ amigas suyas [...] el conjunto era grotesco y lastimaba la vista y el espíritu” (1968, p. 259). Mientras, en *Después de todo*, Javier Lavallo también hace distinciones como la que sigue: “[Adán Cano] Es dueño de un gran negocio en Tabasco, pero esto no quita que sea un maricón desgraciado, repugnante y avaro por añadidura” (Ceballos, 1969, p. 202); también se refiere a su vecino de la pensión como el “maricón de la pieza de al lado”. (p. 10)

Como puede verse, en las novelas de Po, Teruel y Ceballos se pone en evidencia el conflicto que implica concebirse como parte de un grupo señalado como lo más bajo de la sociedad; por ello, existía la necesidad de separarse dentro de la separación, lo cual constituía una especie de mantra: “Sí soy homosexual *pero...*”. Aunado a esto, como ya se mencionó, se trata de historias previas a la “era gay”, en la que la homosexualidad era más un diagnóstico clínico que un estilo de vida integral o un motivo de orgullo, por lo que incluso quienes vivieran con ese “diagnóstico” estarían deseando mostrar todas las “atenuantes” a su “condición”, hecho que también se relaciona con los rasgos de privilegio físico, económico y académico que son esenciales para los protagonistas de las novelas analizadas. Al aspirar a una calificación de persona “respetable”, estos protagonistas replican el discurso predominante del sistema, de modo que, tal como lo indicó Bordieu (2000), “Cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión”. (p. 26)

## Conclusiones

Aunque los primeros guiños a una narrativa de homosexualidad en México se pueden encontrar al inicio del siglo XX con la publicación de Eduardo Castrejón, titulada *Los cuarenta y uno: novela crítico social* (1906), e incluso antes, con José Tomás de Cuéllar y su *Chucho el ninfo* (1871), fue

hasta la década de 1960 que se publicaron novelas en las que el personaje principal es homosexual; y aunque mayormente comparten la condena y la autocondena del texto de Castrejón, las novelas de Po (1963), Barbachano (1964), Teruel (1968) y Ceballos (1969) abonan el reconocimiento de la homosexualidad mediante la representación literaria de los sujetos que ejercen lo que hasta entonces se consideraba una condición clínica, al punto de convertirse en sujetos sociales reconocidos en extenso y bajo una categorización que implica no solo una práctica sexual, sino un estilo de vida integral: el de hombre gay.

Los elementos presentes en las novelas revisadas dejan ver la posibilidad de una tradición discursiva basada en su combinación y repetición. Se trata de una propuesta preliminar que busca centrar la atención en las primeras novelas del corpus de homosexualidad publicadas en México, así como a la manera en que su constitución textual presenta una relación entre la tradición y la actualización respecto al modo de escribir por y sobre los homosexuales, con la carga discursiva que esto conlleva, según el autor del que se trate. Se puede decir, entonces, que hay un avance sustancial entre 1963 –cuando Paolo Po determinó que su “Muchacho” debía pagar con su soledad y autodenostación constante el desatino de su elección sexoafectiva– y 1969, año en que Ceballos propuso un personaje principal negado a traicionarse y teniendo una vida feliz, a pesar de lo que el entorno decía y reclamaba.

Sin embargo, también se deben señalar elementos que escaparon a la actualización, como el privilegio de los protagonistas, la formación de un *ghetto* al cual acudir para disminuir la probabilidad de ser violentado, o el hecho de hacer una especie de separación dentro de la separación al pretender aclarar que el ser homosexual no está mal, mientras no se demuestren rasgos afeminados, que son los que dan la mala fama. En este sentido, los homosexuales que tuvieran comportamientos apegados a lo femenino se constituían en los otros, o sea, los separados dentro de un grupo que ya había sido socialmente excluido.

El aporte de las cuatro novelas estudiadas, publicadas todas en el México de 1960, consiste en plantear al público lector personajes vistos como frágiles o agónicos, pero que aun así existían y por tanto debían empezar a ser vistos. Esos planteamientos narrativos iniciales, revisados ahora bajo la perspectiva de Kabatek (2005), y con la ventaja de la distancia temporal, permiten identificar la decena de aspectos propuestos como la base para la tradición discursiva de la narrativa de homosexualidad en México.

Teniendo en cuenta a Gutiérrez (2009), “no se puede hablar de ‘tradicición’ cuando nos referimos a la publicación de una veintena de novelas de esta temática en un periodo de 40 años” (p. 284). No obstante, reducir la posibilidad del planteamiento únicamente a la cantidad y no considerar la manera en que se registró el tema en las obras se traduciría en mantener la visión ya señalada: un protagonista homosexual es suficiente para su clasificación, pero no para su estudio contextual. Es necesario hacer el planteamiento de esta tradición discursiva no solo para reconocer el listado de obras aspirantes a una posterior canonización literaria, sino también para reafirmarlas como prueba de la producción cultural de un grupo de sujetos sociales por derecho propio. Acerca de esto, Woods (1998) afirmó que “La existencia de la homosexualidad no como un circunstancial capricho erótico, sino como una condición e identidad compartidas, ofrece la posibilidad misma de una cultura homosexual [...] con una identidad sexual en sus raíces”. (p. 14)

Finalmente, también es necesario reconocer las autolimitaciones en la creación de estas obras de narrativa que hablan de los personajes involucrados en su producción, quienes tuvieron ciertos privilegios. Si bien ha habido censura sobre el tema, Woods resaltó otro hecho innegable: la “historia de la literatura masculina homosexual es [...] de la autoafirmación de las élites masculinas con acceso a una educación de alto nivel” (p. 14). Reconocerlo será de gran valor no solo para esta selección y propuesta de tradición discursiva de narrativa de homosexualidad en México, sino para los futuros estudios que podrían realizarse a partir de esta, los cuales deberían estar atentos tanto a la actualización de los elementos ya analizados como a la del uso discursivo y lingüístico de un léxico gregario siempre en expansión.

## Referencias

- Barbachano, M. (1964). *El diario de José Toledo*. México: Imprenta Madero.
- Blanco, J. J. (2010). Ojos que da pánico soñar. En M. K. Schuessler y M. Capistrán (Coords.), *México se escribe con J* (254-262). México: Editorial Planeta.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Castrejón, E. (2013). *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. México: UNAM.
- Ceballos, J. (1969). *Después de todo*. México: Diógenes.
- Coseriu, E. (1955). Determinación y entorno: dos problemas de una lingüística del hablar. *Romanistisches Jahrbuch*, 7(1), 29-54.
- Cuéllar, J. T. (2017). *Historia de Chucho el Ninfo y Los Fuereños*. México: Penguin Clásicos.
- Escobar, J. U. (2005). *Vereda del Norte*. Ciudad Juárez: Gobierno Municipal de Juárez.

- Gutiérrez, L. G. (2009). La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 38, 279-286.
- Kabatek, J. (2005). Tradiciones discursivas y cambio lingüístico. *Lexis*, 29(2), 151-177.
- Kosofsky, E. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Medina Carranza, J. A. (2012). *Análisis contextual e intertextual de Después de todo de José Ceballos Maldonado: atisbando la tradición literaria homoerótica*. [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mendoza Posadas, M. A. (2020). El papel de las tradiciones discursivas en la lingüística histórica mesoamericana. Un ejemplo de los testamentos nahuas. *Lexis*, 44(2), 619-657.
- Monsiváis, C. (2008). El mundo soslayado (Donde se mezclan la confesión y la proclama). En S. Novo. *La estatua de sal* (13-72). México: Fondo de Cultura Económica.
- Monroy Cuellar, N. I. (2017). Homofobia internalizada: una revisión desde la teoría de género y la Psicología social. *Educación y Salud. Boletín Científico Instituto de Ciencias de la Salud Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo*, 5(10). <https://doi.org/10.29057/icsa.v5i10.2532>
- Novo, S. (2008). *La estatua de sal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ochs, E. (2000). Narrativa. En T. van Dijk. *El discurso como estructura y proceso* (271-303). Barcelona: Gedisa.
- Po, P. (1963). *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*. México: Costa-Amic Editores.
- Teposteco, M. A. (2015, 19 de diciembre). *Paolo Po: la historia oculta tras el autor de la primera novela gay en México*. Confabulario. *El Universal*. <https://confabulario.eluniversal.com.mx/paolo-po-50-anos-del-escriptor-que-nunca-existio/>
- Teposteco, M. A. (2016, 25 de junio). Identidades secretas y la homofobia interiorizada: el caso de Alberto X. Teruel. Confabulario. *El Universal*. <https://confabulario.eluniversal.com.mx/identidades-secretas-y-la-homofobia-interiorizada-el-caso-de-alberto-x-teruel/>
- Teruel, A. X. (1968). *Los inestables*. México: Costa-Amic Editores.
- Valle, G. (2016). *Corazón sicario*. México: Destino México.
- Woods, G. (1998). *Historia de la literatura gay*. Madrid: Editorial Akal.
- Zapata, L. (2019). *El vampiro de la colonia Roma*. México: DeBolsillo.